

Desmentido oportuno

EL categórico desmentido formulado por el Cardenal Raúl Silva Henríquez a una eventual candidatura suya a la Presidencia de la República, realizado en la sede de la Organización de las Naciones Unidas, pone término a una serie de rumores al respecto, los cuales, obviamente, habían enturbiado el ambiente político, ya que en esa supuesta postulación se advertía una poco deseable conjunción del Reino de Dios y del Reino del César.

“Mi labor es ayudar a los pobres y servir a la Iglesia, y es lo que hago y seguiré haciendo”, manifestó el Purpurado, poniendo de esa manera abrupto final a las especulaciones que se tejían en torno a este asunto.

El hecho es de veras significativo, ya que viene a añadirse a otras manifestaciones de la Iglesia, delimitando su esfera de acción en el plano temporal. A la vez, al enfatizar el Cardenal Silva Henríquez su opción por los pobres, está reiterando el rol que ha asumido la Iglesia frente al acuciante y dramático problema que enfrentan diversos sectores de la población que, al no tener empleo, sienten la vida sin sentido y enmarcada por la pobreza.

Se reafirma, de esa manera, la apelación a la justicia distributiva, que la fe cristiana ha hecho suya para repartir equitativamente el costo de la crisis.

Pero lo más relevante de este desmentido es la luz que arroja sobre el quehacer político y sobre las perspectivas del mismo en esta hora. Porque es indudable que ya la sola mención de que el Cardenal pudiese aceptar ser postulado como candidato, planteaba serias interrogantes en relación con las posibilidades de las figuras que aparecen en este momento en el escenario político nacional.

El lanzamiento de esta candidatura implica la admisión de las dificultades que enfrentan los partidos políticos para alcanzar posturas claras, tanto en la plataforma ideológica como en lo que se refiere al nombre de candidatos. De ahí que eludir los aspectos conflictivos del problema, recurriendo a la figura del Cardenal, suscitó dificultades de toda índole.

El hecho muestra, al mismo tiempo, que no existe entre los actores del proceso político claridad en cuanto a la dinámica del mismo. Porque en lugar de realizar esfuerzos para que desaparezcan los factores que en este momento son causa de división y confusión entre los chilenos, se insiste en apresurar el proceso, recurriendo al expediente de designar un candidato en torno al cual podrían agruparse colectividades de pensamiento diferente, creandó con ello una coalición de dudosa viabilidad práctica.